

Las tres memorias de Lim Chulwoo (임철우) en *La habitación roja y otros cuentos*¹

«Y luego vinieron por mí pero, para entonces,
ya no quedaba nadie que dijera nada»

Bertolt Brecht

«...antes de esa tarde en que lo volteó el azulejo,
él había sido lo que son todos los cristianos: un
ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado»

Funes el memorioso, J. L. Borges

1. Introducción: el trauma del paralelo 38^o

Tras una serie de traumas colectivos: la ocupación japonesa (1910-1945), la división geográfica del pueblo en el famoso paralelo 38^o tras independizarse del yugo colonial del país nipón, la Guerra de Corea (1950-1953) o los sucesivos regímenes dictatoriales (1953-1987)², el control estatal de la memoria y el olvido ha constituido un fracaso. Como señala Mikyong Kim, tanto los administradores coloniales como las dictaduras nacionales «have failed to suppress thought, memories run wild, and histories consequently proliferate, differ, and conflict. Korean historiography is a rich, bitter, and exhilaratingly contested field» (2009).

Bajo este marco socio-histórico es lógico que muchos de los escritores surcoreanos nacidos tras el conflicto fratricida hagan de la memoria un estandarte de justicia frente a los abusos con los que la historia parece haberse esmerado en martirizar, doblegar y aplastar a los suyos. Sin dejar de lado el valor formal de su medio expresivo, e impulsados por la instauración de la democracia (la primeras elecciones tuvieron lugar en 1987), escritores como Pak Wan-so, Hong Song-won, Kim Won-il, Yung

1 Para el nombre del autor hemos optado por la romanización de Lim Chulwoo (임철우). Esta, aceptada por el escritor surcoreano, puede consultarse en la Digital Library of Korean Literature: <https://library.ltkorea.or.kr/writer/200287>. La romanización adoptada por la editorial Verbum en la colección de relatos que analizamos, Im Chul-woo, la mantendremos únicamente cuando aludamos al texto literario. Por lo tanto, al referirnos al autor emplearemos el nombre de Lim Chulwoo; y al referirnos a *La habitación roja y otros cuentos*, el de Im Chul-woo.

2 Para un desarrollo más amplio de estos traumas colectivos, véase la compilación de ensayos de Mikyong Kim (2019).

Dr. Manuel España Arjona

Licenciado en Filología Hispánica;
Máster en Gestión del Patrimonio
Literario y Lingüístico Español;
y Doctor en Estudios Hispánicos,
Universidad de Málaga; docente e
investigador en Universidad de
Málaga y en Bergische Universität
Wuppertal; co-director de las
Jornadas de Literatura y Cine de la
Universidad de Málaga.

Interesado en la cultura asiática,
la escritura creativa, las relaciones
entre la literatura y el cine/TV
y la enseñanza de español para
extranjeros.

ORCID ID: 0000-0001-5751-1707

Heung-gil, Yi Mung-yol o Lim Chuwoo, han hallado en la narrativa un instrumento idóneo de protesta y reivindicación, contribuyendo a su «dynamic resurgence, experimenting exuberantly and delighting in uninhibited self-expression» (Suh Ji-moon, 1998). En Lim Chuwoo (1954), este valor social de la literatura se materializa de forma singular, debido principalmente a la idiosincrasia histórica de su lugar de origen:

[He] comes from a region of Korea doubly and triply traumatized: the Cholla provinces in the southwest. Here in the early 1890s a major peasant rebellion broke out that the old Korean regime and the Japanese put down with ruthless force. A second major rebellion erupted under the U.S. occupation in the fall of 1946, an unknown number died when the North's army swept through in July 1950, and tens of thousands more died when the South Korean forces of order retook this region and lashed out in retribution against real or imagined collaborators with the North. Thirty years later came the Kwangju Massacre, which shook the nation to its roots and spawned an entire generation of young people who not only rebelled against the military dictatorship, but also reviled the United States for its continuing support of these same militarists (Cumings, 2009: ix-x).

Esto hace que *La habitación roja y otros cuentos*, volumen en el que se centra este estudio, posea una especial intensidad, por un lado, visceral y sensitiva, cuyo presentismo y desnudez realista abofetea por su crudeza; y, por otro, evocadora y sugerente, donde la metáfora y la alegoría son utilizadas como velados mecanismos de denuncia. En segundo lugar se observa un matiz ético que llega a trascender el propio texto. Lim Chulwoo forma parte de una corriente literaria cuyo impulso aboga por la reivindicación de la memoria frente a la historia –justicia intrahistórica–, por el deber del arte para con los suyos –los que perecieron en los conflictos bélicos y sobre todo los que soportaron la terrible carga de la represión dictatorial–, y por una reconciliación como mensaje subyacente, quizás utópico y cargado de melancolía, que rescata una identidad hoy día ya quebrada pero que antaño unió bajo un solo territorio a todo el pueblo coreano.

Por ello es interesante apreciar como esta singularidad traumática nutre los tres niveles del recuerdo –patológico-terapéutico, práctico y ético-político– que Paul Ricoeur analizó en *La memoria, la historia, el olvido*, en un camino dialéctico que culmina en lo que el filósofo francés denominó «memoria obligada». Partiendo de esta visión y atendiendo al fenómeno literario en su globalidad, esto es, creador, texto tangible y receptor, se analizará *La habitación roja...* justificándola en el contexto de los tres estadios en los que se abusa con mala praxis o se usa bienintencionadamente el recuerdo: *memoria herida, memoria manipulada y memoria ética*.

2. La memoria herida

La experiencia en sí, tanto individual como colectiva, –si esta ha sido forjada bajo un fuerte impacto emocional, hablamos de «trauma»–, una vez filtrada por la memoria, jamás quedará borrada, o al menos no por completo³. De este modo, cualquier experiencia no sanada con origen en el seno de una tragedia o esté minada por el miedo será reflejada tarde o temprano en una obsesión, una conducta «ilógica» o «irracional», o en una imagen o cúmulo de imágenes sustitutorias. En

3 La tesis del «recuerdo imborrable» o de lo «inolvidable» no es compartida por unanimidad. Esto depende en buena medida de los diferentes enfoques de partida –filosófico, médico, artístico, etc.– y de los resultados que con tales propuestas se pretenda hallar. Nosotros, junto a figuras como Freud o Henri Bergson, sostenemos la convicción de Ricoeur: «el pasado experimentado es indestructible» (2003: 578).

«Recuerdo, repetición y [per]elaboración» –y en otros estudios fundacionales–, Freud estableció un método práctico con el que además de profundizar en este tipo de patologías de la memoria, instauró una vía terapéutica a través de la reconciliación del sujeto con aquello que lo atenazaba. Son tres los elementos a tener en cuenta en la psique herida de un individuo: el recuerdo traumático –soterrado en el inconsciente, que pugna por ver la luz–, el obstáculo –un dique de contención de ese recuerdo, que le impide brotar al consciente– y la repetición –manifestaciones disfrazadas de ese recuerdo traumático. Para que la memoria enferma sane, es de obligado cumplimiento la «per-elaboración» freudiana, con la cual se reflota a la consciencia el trauma latente, para exorcizarlo y que así el individuo pueda quedar en paz con su memoria.

En *La habitación roja...* Lim Chulwoo canaliza toda una serie de posibles traumas de los que, repitiéndolos sin cesar, da viva cuenta en la ficción sin que estos, en la realidad fictiva, queden solucionados. Así, el cuento se convierte en un recipiente en el que, por un lado, volcar historias que pueden ser en sí indicios de traumas disfrazados del inconsciente del autor, o experiencias conscientes –vividas o escuchadas– por las que él siente una necesidad imperiosa de mostrar, de «per-elaborar»⁴; y por otro, un modo de ensayar situaciones límites con las que se denuncia la peligrosidad de mantener tales heridas abiertas. Es por ello que todos los personajes de *La habitación roja...* soportan una memoria magullada que les hace deambular como fantasmas, sin saber con certeza qué es lo que les obstaculiza en su anodina cotidianeidad, como «locos» o como seres selectiva e intencionadamente olvidadizos.

Los traumas pugnan por ver la luz y se presentan o bien en forma de pesadilla:

Cerró los ojos un momento y se quedó dormida en seguida. Tuvo una pesadilla [...] Uno le desabrochó la ropa por el pecho y gritó: «Mirad. Tiene la mancha roja. Es una hereje. El signo de la herejía está bien claro» (Im Chul-woo, 2007: 105).

O bien, en una especie de duermevela, produciendo ensoñaciones monstruosas:

Bong-Gu lo escuchaba tristemente con los ojos cerrados como si estuviera en un sueño [...] tumbado, con los ojos cerrados, mira el paisaje en el que un animal tremendo, de cuatro patas, se eleva lentamente desde la profundidad del mar (131).

O bien, como una realidad nublada y fantasmagórica, que tiende, por su carácter difuminado, a ponerse en duda o a negarse:

Pero al levantar la cabeza me encontré con mucha gente atada con esposas blancas. Sí, todos los que estábamos en el autobús éramos presos y nos estaban llevando a un lugar desconocido sin que pudiéramos protestar [...] Al contemplar el paisaje tranquilo de la Plaza, me vinieron a la memoria, paradójicamente, las imágenes escalofrantes que tuve que ver allí. ¿Eran alucinaciones? Lo que vi bajo aquella lluvia y aquel fuerte viento, ¿eran alucinaciones? (169-170)

La figura espectral de Myong-bu no es totalmente clara [...] La densa oscuridad de la madrugada lo cubre por completo [...] Al instante se levanta y sale huyendo por la calle desierta. Apenas su figura desaparece en la oscuridad añil [...] «No, no puede ser verdad. No puede ser» (111-112).

4 Según apunta Fulton, «Koreans have endured a variety of horrors. Modern Korean fiction is to a large extent a literature of witness to the historical upheavals of twentieth-century Korea, and it should come as no surprise that contemporary fiction, while providing comparatively few examples of war literature, yet continues to show us how individual Koreans have been traumatized by wartime violence. Some of contemporary Korea's most important authors [...] were traumatized by events during the Korean War and/or the Kwangju Massacre, and their own trauma informs their works» (2009: 192-193).

A veces, el trauma provoca actitudes «ilógicas» que los propios personajes no saben explicarse, con lo cual se ven sumidos en una autorrepresión doble: la que les obstaculiza el recuerdo en el inconsciente y la del rechazo de sí mismos, que, tristemente, comparten con su entorno:

Pero, Bong-Gu..., es que es muy extraño. Yo tampoco sé por qué me vuelvo loco de golpe [...] No lo sé, no lo sé. No puedo recordar nada, como si me despertara de repente de una pesadilla [...] De verdad. No creas que hay mala intención en mis actitudes (151).

Este entorno rechaza automáticamente las obsesiones de estos seres heridos y termina por excluirlos, aunque los lazos afectivos sean de amistad, como ocurre en «Los días primaverales», o de estrecho parentesco, como sucede en «Mar del lobo», donde el hijo, movido por las circunstancias, termina desterrando al padre:

«Que te vayas. Quiero que te vayas» [...] Ahora su padre no se ve. Ha desaparecido ya. «No vengas. Nunca más pienses en volver a Puesta de Sol» (154).

Y es que la obsesión los hace caer en una «locura» incomprensible a ojos de los demás –movidos quizás por el miedo o por un olvido selectivo y negligente– por la que acaban siendo estigmatizados («Mar del lobo»), el centro de las chanzas («Época estéril»), golpeados («Mar del lobo»), tachados de mentirosos («Los días primaverales») o encerrados en manicomios («Los días primaverales», «Mar del lobo» o «Época estéril»). En otras ocasiones, el trauma se convierte en una neurosis aguda que distorsiona la vida familiar y la sensorialidad del sujeto que la padece. Un ejemplo claro de esto lo encontramos en «Línea recta y gas tóxico», cuyo personaje central sufre una hiperestesia que lo tortura y lo aleja de su mujer y de lo que le rodea:

No sé desde cuando, pero estoy seguro de que ese olor está en la lluvia que cae sobre esta ciudad. Ese olor penetra por toda la ciudad como una memoria manchada de sangre [...] Manos, pies, pecho, frente, ojos, nariz, cuello, hombros, muslos, piernas, cabeza, trasero, barriga... La lluvia nos hace agujeros en cualquier parte con sus gotas tóxicas [...] Empezaba a oler gas tóxico. «Sí, gas tóxico». Mi mujer intentaba agarrarme para que me tranquilizara, como si yo estuviera loco. Es muy buena persona, pero no demasiado sensible para percibir olores (163-164, 169).

A veces, el trauma posee una especie de entidad vírica que poco a poco va infectando a toda la sociedad. Esta «traumatización secuencial» se manifiesta, según Hans Keilson,

como un estrés continuo, de intensidad extrema, debido a la permanente situación de amenaza vital que impera en el tejido social. En estas situaciones, los trastornos psicológicos individuales pueden potencialmente cronificarse y también proyectarse como daño transgeneracional a la descendencia (cit. en Madariaga, 2002: 9).

Esto se observa, claramente, en «La habitación roja», en el que el torturador hereda un terrible trauma –también un odio enraizado– que termina contagiando al conciudadano que tortura:

Sí, la causa de esta tragedia viene de mi padre [...] Él me traspasó una sensación de rencor y de venganza que llevo en el torrente de mi sangre (Im Chul-woo, 2007: 26).

Tal círculo vicioso llega a transmutarse en una gran mancha-símbolo (ya sea esta un lobo, un fantasma, una agenda, gas tóxico, un hombre con gabardina negra, lluvia ácida o una mancha roja casi omnipresente), que parece ensuciar, en principio, solo a los «apestados», pero de la que, en realidad, nadie escapa y a todos salpica. Es una especie de maldición bíblica, vinculada a la guerra fratricida, –«Como castigo por enterrar a Abel [...] te voy regalar la falsa alegría de recoger granos

mal crecidos después de una sequía de diez años» (121)–, cuyo patetismo tiene su cénit en el rechazo de la propia sangre. En el personaje torturador de «La habitación roja», por ejemplo, este tipo de trauma se actualiza simbólicamente en la figura de su madre –también en la culpa de su hijo muerto–, que, aquejada de alzhéimer, mancha con heces toda la casa.

Imposibilitada la cura o una sana «per-elaboración» del trauma, es como si la memoria herida de estos personajes no hiciese más que vomitar sangre, una sangre que va mancillándolos a todos y que incluso logra contaminar y secar el paisaje y mermar cualquier posibilidad de engendrar vida:

Las ramas de hiedra morían en las paredes de piedra a causa de una sequía continua y pertinaz de cuyo inicio nadie podía acordarse [...] las casas postradas en silencio como tumbas de un cementerio (79).

En las montañas y en los campos, los árboles y las hiedras se morían por la sequía sin poder ver frutos ni flores. El pueblo estaba convirtiéndose en una tierra de muerte. Cualquier existencia que tuviera vida no llegaba a dar fruto. No había lugar donde se produjera vida (81).

3. La memoria manipulada

A un nivel práctico es fácil observar cómo los regímenes totalitarios –también en las democracias– despliegan todo un arsenal de estrategias que permiten mediante la fuerza y la manipulación histórica conducir la memoria de los individuos hacia una dirección fijada de antemano. Es en este punto donde la memoria colectiva se transforma en objeto instrumentalizado con el que el poder se arroga el derecho a imponer o simplemente, una vez calado su discurso dogmático, a mantenerse en su cetro, rodeado de una calma pactada, aunque tensa.

Para que la memoria del pueblo sea viable a tal manipulación, es necesario explicar cómo se estructura la identidad del pueblo mismo y cuáles son las grietas a través de las cuales se filtra el poder con la clara intención de amoldarla. P. Ricoeur denuncia que el abuso es factible por tres razones ligadas a la fragilidad de la identidad misma en su proceso formativo: «su difícil relación con el tiempo», «la confrontación con el otro» y «la herencia de la violencia fundadora» (2003: 111-112). De estas tres fracturas identitarias nos interesa especialmente la segunda, aquella en la que el pueblo configura su ser colectivo en oposición, justificada o no, al otro. Para que tal oposición sea factible es necesario trenzar la red de individuos y para ello el mejor mecanismo es el miedo. Con el vigor paralizador de esta sensación, los individuos se mantienen unidos y conforme esta se intensifica, apunta Freud, la sociedad «se convierte en un niño incapaz de prescindir de la protección contra poderes superiores y desconocidos, a los que presta los rasgos de la figura paterna» (Taibo, 2009: 3). Una vez que el miedo recorre la estructura social, solo hay que mantener la ficción de inseguridad, haciendo ver a la masa que existe un peligro constante y que, además, posee una doble cara: interna y externa.

En *La habitación roja...* esta doble coacción es continua y, aunque mantiene aglomerada la masa, les hace moverse de un lado a otro como autómatas. Bajo el pie de la dictadura, la masa que refleja Lim Chulwoo es fantasmal, abúlica, mecanizada, y en ella se respira una constante falta de empatía, como si sumergida en una burbuja no se percatase de lo que ocurre frente a sus narices:

A ratos, personas inexpresivas pasan por mi lado en los autobuses, como fantasmas (Im Chul-woo, 2007: 114).

La gente anda como siempre [...] Todos son iguales [...] Se mueven por inercia sin tener un buen motivo (18).

Solo a título particular, esta masa forjada en el miedo es capaz de sacudir su paralización y de tomar conciencia de la manipulación y la injusticia a la que es sometida: el poder la toca directamente con su fuerza física y desgaja de su densidad compacta a uno de sus individuos:

¡Ah!, esas actitudes de la gente que nunca interviene tendrían que ser consideradas un crimen, algo brutalmente irresponsable. Me pongo furioso. Pero me doy cuenta de que yo también he sido siempre irresponsable. Nunca he prestado atención a los asuntos y accidentes que salen en los periódicos y en otros medios de comunicación, y no he hecho caso de aquellos accidentes porque a mí me parecían cosas ajenas que les solían ocurrir a personas desconocidas y muy lejanas. Hasta ahora siempre he vivido así, pensando que estas cosas me eran indiferentes y triviales (34-35).

Esta negligencia grupal puede ser comprensible en tanto que tal paralización es producida por un terror omnipresente. Ciertamente, nadie sabe desde qué flanco puede el poder materializarse, ni a qué hora o segundo mostrar su brutalidad. Es como una mancha que todo lo tiñe, una memoria afilada que todos comparten y que pende sobre la cabeza de la masa. La dimensión de sus tentáculos, los de la dictadura, suspende así la capacidad de reconocimiento facial en la propia masa, ya que cualquiera puede ser una máscara del poder, y esta convive como uno más entre los transeúntes, es una especie de «lluvia tóxica [...] que penetra por toda la ciudad como una memoria manchada de sangre» (164):

¿Por qué tengo que estar aquí ahora sin enterarme de la razón por la cual me llevan? [...] Esto es perverso e injusto. Miro alternativamente los dos rostros desconocidos que todavía siguen charlando. Sus expresiones, sus voces y carcajadas anodinas y corrientes... (17)

Asimismo fagocitan a su juicio trozos significativos de masa, que la propia masa ignora casi al instante o en un periodo más o menos breve, como ocurre con los trescientos noventa y nueve niños de «Época estéril». E incluso anulan el espacio y el tiempo, ya que cualquiera puede ser apresado en cualquier lugar y por sorpresa:

...salió a su trabajo con la bolsa de bocadillo, como siempre, y desapareció. Todavía no hay noticias de él y nadie lo ha vuelto a ver en estos cuatro años (168).

Al pasar frente a las casas adosadas de tres pisos mirando el reloj, casi choco con alguien. Se me acerca de pronto [...] Intento evitar el choque, pero el individuo se me pone enfrente. Le miro con sorpresa [...] Me sujeta por el hombro izquierdo sin más explicación y otro tipo se me acerca para cogerme por el hombro derecho con sus manos y con mucha fuerza (12-13).

El poder también crea escenarios ficticios, supuestamente instigados desde el exterior, a través de los cuales «todos los individuos [...] se encuentran bajo la misma amenaza: esta los iguala a todos, la amenaza se dirige contra todos y cada uno de ellos» (Canetti, 2002: 78-79):

Ellos están escondidos por todas partes (Im Chul-woo, 2007: 72).

[Por el atronador altavoz] se produce gran cantidad de ruidos imitados que retumban en la tienda. Las frases, convertidas en miles de abejas, vuelan sobre las flores. El lenguaje artificial produce también una realidad ficticia. Las situaciones falsas nos controlan la realidad. Es la conversión mágica de las palabras. Por ello estamos encerrados entre palabras aparentes o engañosas y nos consideramos a nosotros mismos seres ficticios que existen sólo en un mundo infundado (123).

Esta seguridad impostada sitúa a la masa y la condena a interactuar con reflejos mecanizados que responden al sencillo esquema de estímulo-respuesta:

Con el sonido de la sirena intercambiamos miradas atónitas. El ruido procede de un altavoz enorme instalado en el techo del edificio del Gobierno central. Aparece una bandera amarilla al lado de una ventana, justo debajo del altavoz [...] En aquel instante sentimos la muerte, miedo a la destrucción y presentimientos funestos de todo tipo. Esas sensaciones trágicas nos son inconscientemente familiares, aunque nos alivie comprobar que todo era un simulacro (118).

De ahí que las puertas de las casas, único lugar en el que los individuos «nos sentimos medianamente seguros» (Canetti, 2002: 3), se cierran a cal y canto, dejando atenazados en su interior a sus habitantes, ante ruido de pasos, tiroteos o golpes de auxilio, por mucho que estos pertenezcan a un pariente cercano o a un amigo íntimo:

Un día, la madre de Sang-ju me dijo que aquella madrugada toda la familia sabía que alguien llamó a la puerta con urgencia. Pero, muertos de miedo, se quedaron en la habitación y no salieron a abrir la puerta. Sang-ju estaba en el cuarto más aislado y no supo nada... (Im Chul-woo, 2007: 129)

Una vez trenzada la masa bajo el yugo del miedo, el poder tiene vía libre para dogmatizarla —a configurar su identidad— a través de la ideología. Esta es opaca y «se enmascara volviéndose denuncia contra los adversarios en el campo de la competición entre ideologías: es siempre el otro el que se sume en la ideología» (Ricoeur, 2003: 112-113):

CONTRA EL COMUNISMO, CONTRA LOS ESPÍAS Y HACIA EL FIN DEL COMUNISMO. Yo siempre tengo ese cartel en la pared de mi oficina [...] es una raza oscura y maligna, nada fiable. A primera vista, actúan como si fueran amigos muy cariñosos y cercanos, pero siempre buscan intereses personales aunque sea de una manera inhumana y venenosa. Así son los comunistas (Im Chul-woo, 2007: 71).

Como demuestra Lim Chulwoo, las consecuencias de haber moldeado así la identidad de los surcoreanos fueron devastadoras: «distorsión de la realidad», como ya hemos visto en la memoria herida, o la fría «legitimación del sistema represivo», ya que esta, la ideología, le añade al pueblo una «especie de plusvalía» a sus creencias, gracias a la cual el poder puede cumplir con «sus requerimientos de autoridad». Su función consiste en «llenar el abismo de credibilidad abierto por todos los sistemas de autoridad» (Ricoeur, 2003: 113-114). «¿Qué es lo que les lleva a actuar así? ¿El sistema? ¿La locura salvaje y ciega que llaman lealtad a la organización?» (Im Chul-woo, 2007: 56), se pregunta atemorizado, en una sala de torturas, uno de los individuos arrancados de la masa. La praxis para con el otro, ya sea este un «enemigo» interno o externo, fictivo o real, es amoral y alegal en tanto que suspende la escala de valores previos y universales en un relativismo «justificado» que fundamenta una nueva «racionalidad», unos nuevos valores *más allá* del bien aristotélico, del *deber* kantiano o del *valor* scheleriano:

—¿Qué me dicen? ¡Nunca he visto una ilegalidad como ésta!

—¿Ilegalidad? Es usted el que anda fuera de la ley. ¿Por qué actúa ilegalmente si la conoce tan bien? Ya se enterará de lo que pasa (14-15).

Creo [justifica un torturador] que en este mundo no hay otro sitio como éste, porque aquí todos son iguales ante la ley. Aquí se rigen por la justicia y la igualdad [...] el espíritu intrínseco de una sociedad democrática (51).

Asimismo es reductora, puesto que al otro, negándole cualquier rasgo humano, se le cosifica, animaliza o endemonia o se le trata banalmente como a un desprotegido insecto:

Los ojos aterrorizados me hacen recordar a un perro pequeño totalmente mojado. Un perrito bajo la lluvia cuyos pelos están pegados al cuerpo desordenadamente (48).

Ellos son los hijos de Satán (72).

La destrucción de estas minúsculas criaturas es el único acto de violencia que, incluso *dentro* de nosotros, permanece completamente impune. Su sangre nunca cae sobre nuestras cabezas ni nos recuerda a la nuestra. No vemos sus miradas que se quiebran. Una vez subido a este escalón, el sistema represor y sus títeres se encuentran en un alarmante punto de no retorno: el paso hacia el sadismo y la perversión es ya minúsculo, inexistente. Ya no solo es que «cuanto más peligrosa sea la presa, mayor será la presión que se le aplique» por mera cuestión preventiva, sino que «se lo haremos sentir [su disidencia imaginaria o real] muy a gusto y apretaremos más fuerte de lo necesario» (Canetti, 2002: 257-258). De ahí que el torturador abúlico de «La habitación roja» llegue solo a estimularse con su «trabajo»⁵:

Vaya, me sentí algo excitado al terminar de interrogar agotadoramente a ese imbécil durante cuatro noches y cuatro días sin poder regresar a casa. Así que sacié el deseo satisfaciendo a mi mujer (Im Chul-woo, 2007: 20).

4. La memoria ética

Hasta ahora, de las tres imágenes que la literatura coreana ha reflejado del hombre según Kim Chong-un –«The Walking Wounded», «The Inspired Rebel» y «The victimized Aesthete» (Kim Chong-un, 1978)⁶, Lim Chulwoo se relaciona con aquellos literatos de la primera posguerra –Kim Tong-ni, Yi Ho-chol, Song Pyong-su, Song Chang-sop, etc.–, donde los héroes no tenían cabida, ni tampoco la gloria: solo una sombra bélica y represiva que a todos atrapaba y a todos lesionaba. Lejos parece estar, además, de aquellos escritores más experimentales, influidos por occidente, urbanitas y sensuales, como Kim Sung-ok o Choe In-ho, que enarbolaron el esteticismo como único escudo posible a la represión del entorno. Sin embargo, para tener una visión más aproximada de la totalidad del fenómeno literario –creador, obra y receptor–, es justo afirmar que Lim Chulwoo, como escritor, pero también como actor activo y moldeador de su realidad, y *La habitación roja...*, en su conjunto, tiene una fuerte proyección de inconformismo rebelde y combativo. No hay que olvidar que el propio Lim Chulwoo fue un sobreviviente de la «Kwangju Massacre» (Cumings, 2009: x) en mayo de 1980, y que como tal, su figura en sí, es la de un «hero with wisdom and courage who defies the encroaching surroundings» (Kim Chong-un, 1978: 14). En esta línea, Lim Chulwoo se asemeja a

5 Ensombrece la dimensión del Hombre este tipo de conductas en las que una vez banalizado el mal, en terminología de Hannah Arendt, este es capaz de deleitarse con el dolor ajeno. En *La muerte y la doncella*, observamos algo no muy distinto a lo que experimenta este torturador: «...se fue convirtiendo en algo diferente, algo excitante... y la máscara de la virtud se me fue cayendo y la excitación me escondió [...] lo que estaba haciendo... [...] Empecé a brutalizarme, me empecé a gustar de verdad verdad» (Dorfmann, 1992: 72-73).

6 Cabe matizar que esta tipología propuesta por Kim Chong-un solo hace referencia a la literatura predemocrática surcoreana. No obstante, su alcance nos parece práctico, además de en la producción literaria que vino después de 1978 en Corea, en todas aquellas literaturas que hayan sufrido, como en España, una guerra civil y posteriormente una represión dictatorial.

escritores con una fuerte necesidad de testimoniar sus vivencias como Pak Wan-so, Hong Song-won o Kim Won-il⁷.

Ahora bien, ¿cuál es la función de estos testimonios? ¿Qué proyección ética puede albergar la memoria? ¿Qué buscan estos escritores al revivir tales circunstancias a los ojos de unos ciudadanos a los que aquellas experiencias les queda, históricamente, cada vez más difuminadas? Esta ristra de preguntas nos conduce a una toma de conciencia que se abre con dos nuevos interrogantes: ¿Es el olvido un dique necesario para detener otra rueda de violencia? O más bien al contrario: ¿es una memoria pormenorizada de iniquidades la que impide que irrumpa de nuevo la barbarie? Marx lo tenía claro y señalaba al respecto que «hay que hacer la ignominia aún más ignominiosa, publicándola». En este sentido, por su presentismo vivaz y candente —solo hay que leer, por ejemplo, «La habitación roja» o «Línea recta y gas tóxico»—, *La habitación roja...* pone el foco en la ignominia, literaturizándola, haciéndola carne, aunque ésta sangre, hieda o avergüence.

La postura de Lim Chulwoo —y la de sus escritores coetáneos ya citados— es la de ponderar la memoria y elevarla a un plano ético-político. Esto no implica la abolición de la Historia, ni mucho menos. Aferrarse a la memoria como fuente literaria, sin caer en un abusivo elogio incondicional, es querer restaurar la verdad. Una verdad intrahistórica, reveladora, que desdeñe y replique los abusos de la manipulación, que salde la deuda de los desfavorecidos, «que someta la herencia a inventario» (Ricoeur, 2003: 121) y que «per-elabore» los traumas sufridos con la intención de ofrecer una cura colectiva. Bajo este tipo de memoria subyace una fuerte componenda de justicia. Ya que es ésta «la que, al extraer de los recuerdos traumatizantes su valor ejemplar, transforma la memoria en proyecto; y es este mismo proyecto de justicia el que da al deber de memoria la forma de futuro y de imperativo» (120). Pero con el ímpetu de hacer justicia no se pretende doblegar al otro. Creer esto sería errar su dimensión reconciliadora. Hay que recordar «que, entre todas las virtudes, la de justicia es la que, por excelencia y por constitución, se dirige hacia el otro [...] El deber de la memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí» (121).

Como proyecto, la memoria ética no es pasiva, sino todo lo contrario. Es una memoria capaz de zarandear la realidad de sus conciudadanos para mantenerlos alerta y que no se permitan el lujo de caer en un olvido descarado, punible e indiferente. Hay en ella un acto de responsabilidad consciente que trata de evitar la masa soporífera denunciada en *La habitación roja...*:

...esas actitudes de la gente que nunca interviene tendrían que ser consideradas un crimen, algo brutalmente irresponsable. Me pongo furioso. Pero me doy cuenta de que yo también he sido siempre irresponsable (Chul-woo, 2007: 34).

Los escritores surcoreanos nacidos en los cincuenta no son una generación «de individuos asociales, que han vivido el drama de la violencia en una suerte de soledad» estética, más bien, como puede explicarse a través de la teoría del “trauma psicosocial” de Ignacio Martín-Baró, se trata de

un grupo humano en el que es posible reconocer puentes interconectores entre sus propias vivencias. Cada sujeto [per]elabora —de modo peculiar, pero siempre socialmente— la experiencia

7 No todos los escritores de la generación de Lim Chulwoo tuvieron la misma relación con la guerra o la represión dictatorial. Hong Song-won, por ejemplo, sufrió el conflicto de forma indirecta, lo que no le impidió verse sumergido, al igual que sus demás conciudadanos, en un «suffered great psychological shock and pain» (Suh Ji-Moon, 2000: 94). En Pak Wan-so, se observa cómo, en un momento «tranquilo» y «relajado» de su vida familiar, esa memoria lacerada y latente, tiene una viva necesidad de «per-elaborarse», de manifestarse en su crudeza trágica: «Nearly twenty years after her marriage and when her sixth and last child started to go to school, Pak decided to become a writer. But she was not so much seeking a romantic fulfillment of her youthful dream. She was rather motivated by a compelling desire to bear testimony to the experience that wreaked such havoc on the lives of so many of her compatriots» (94).

traumática al interior de sus contextos resocializadores [...], produciendo [...] cosmovisiones, pautas sociales de conducta, estilos de respuesta adaptativos, explicaciones político-ideológicas [...] Así, el trauma pasa a ser visto como causa y también como efecto de la dinámica social (citado en Madariaga, 2002: 11).

Hay en ellos, además, una profunda ruptura, un deseo latente que nutre sus escritos. Este deseo último es reconciliador, un deseo de abrazo y de reparación del karma huido y fracturado en el paralelo 38º:

He too believe that mutual distrust and enmity have come to replace the mutual care and support that previously held society together. Because so many Koreans died in a vicious cycle of grudges and vengeance, the bad Karma continues today (Ji-moon, 2000: 102).

Al leer *La habitación roja...*, se intuye el absurdo de la separación del pueblo coreano, que a partir de 1945 fue títere de poderes ajenos a su verdadera idiosincrasia, que manejaron a su antojo el destino de este pueblo, empujándolo hacia una rivalidad inexistente y hacia un círculo vicioso de venganzas enconadas⁸. Por ello, en el cuentario de Im Chul-woo, todo parece gravitar en una especie de violencia especular de la que nadie escapa, incluso los supuestos «vencedores»:

...me encuentro con mi imagen reflejada en el cristal [...] Quiero acabar con esa cara. No me gustas. Te quiero matar. Quiero matarte rompiéndote en pedazos. Aguanto las ganas impulsivas de gritar hacia el rostro más feo y horrible que he visto nunca, y que me devuelve una mirada fría desde el reflejo del cristal. (Im Chul-woo, 2007: 78)

No hay maniqueísmo en tanto que todos, azuzados por el contexto, son inocentes enemigos de sí mismos. Los «malos» lidian con una existencia humillante y descorazonadora, son torturadores abúlicos incapaces de huir de un destino impuesto y cancerígeno.

5. A modo de coda

Es lícito pensar que Lim Chulwoo nos ofrece una literatura que trasciende sus propios traumas y las trágicas experiencias de sus personajes fictivos. Nos enseña que la represión y la guerra solo generan una sociedad yerma y violentamente endémica y que la única vía posible para males de esta calaña es la instauración «per-elaborada» de una memoria herida, manipulada y ética que reconcilie, salde deudas y establezca la justicia. Porque sabe que «La maldad existe como realidad y se burla de todos, enseñándonos su barriga hinchada», que hasta la instauración de la democracia los surcoreanos no tenían «nada más que un espantapájaros con el nombre de justicia o bondad», y que «vivir con tal realidad, respetando la ignorancia como evangelio», había sido «una vergüenza y una humillación» (Im Chul-woo, 2007: 119). Por ello, *La habitación roja...* de Lim Chulwoo es un arma pacífica que doblega espantapájaros, para que estos no puedan desvelar sueños ni coartar el libre vuelo de las aves; es, en definitiva, una atronadora bofetada a las ideologías, dictaduras y guerras fratricidas, para que todos la oigan y nadie, en su cotidianidad, viva «sin poder imaginar que existen habitaciones rojas y extrañas en este mundo» (76).

⁸ Es casi unánime la respuesta que dan los escritores de la generación de Lim Chulwoo a este aspecto en la entrevista realizada por Suh Ji-moom (2000: 92-111). Todos –cada uno con un matiz explicativo distinto– apuntan a que Corea fue el escenario bélico de dos concepciones ideológicas en pugna: capitalismo / comunismo, cuya estrategia maniquea fue impuesta al pueblo dando lugar al injusto desmembramiento en dos que hoy día conocemos.

Bibliografía

- Canetti, E. (2002), *Obras completas I. Masa y poder*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona.
- Cumings, B. (2009), «Foreword», en *The red room: Stories of Trauma in Contemporary Korea*, University of Hawaii Press, pp. vii-xii.
- Kim Chong-un (1978), «Images of man in postwar Korean fiction», *Korean Studies*, 2, pp. 1-27.
- Mikyong Kim (2019), «Korean Memories and Psycho-Historical Fragmentation: Fast-Forward, Retrospective», en Mikyong Kim (ed.), *Korean Memories and Psycho-Historical Fragmentation*, Palgrave MacMillan, Switzerland, pp. 1-21.
- Im Chul-woo (2007), *La habitación roja y otros cuentos*, Verbum, Madrid.
- Dorfmann, A. (1992), *La muerte y la doncella*, Siete Cuentos, Nueva York.
- Freud, S. (1981 [1914]), «Recuerdo, repetición y elaboración», en S. Freud, *Obras completas*, tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 1682-1688.
- Fulton, B. (2009), «Afterword: Trauma in Contemporary Korean Fiction», en *The red room: Stories of Trauma in Contemporary Korea*, University of Hawaii Press, pp. 191-195.
- Suh Ji-moon (1998), «Introduction: A Context for Korean Fiction», en *The Golden Phoenix: Seven Contemporary Short Stories*, Lynne Rienner Publishers, Colorado, pp. 1-10.
- Suh Ji-moon (2000), «The Korean War in the Lives and Thoughts of Several Major Korean Writers», en Philip West y Suh Ji-moon (eds.), *Remembering the "Forgotten war": The Korean War Through Literature and Art*, Armonk, Nueva York, pp. 92-111.
- Madariaga, C. (2002), *Trauma psicosocial, trastorno de estrés postraumático y tortura*, Santiago: Colección cintras, Monografía Nº 11.
- Ricoeur, P. (2003), *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid. Trad. de Agustín Neira.
- Taibo, C. (2009), «El miedo creado», *Paradigma*, 7, pp. 3-4.